

SARMIENTO Y LA UNIVERSIDAD

Al reiniciar su publicación no podía faltar en las páginas de esta Revista el recuerdo de Domingo Faustino Sarmiento en el ciento cincuenta aniversario de su nacimiento. Ya la Universidad y la Facultad de Humanidades han colocado todas las actividades del año bajo la advocación del gran maestro de América. Ellas, y en forma muy especial nuestro Departamento de Ciencias de la Educación, están impregnadas del espíritu progresista y laico de Sarmiento, y si bien la actividad cotidiana es homenaje permanente a su figura, se hace preciso un alto en el camino para concentrar nuestra reflexión en el estudio de su obra y de su vida — quizá la más grande aventura de un argentino del siglo XIX — y comprometer nuestra acción en favor de sus ideales imperecederos. Para nosotros, universitarios, este tributo no es más que recomenzar con fuerza un programa de difusión de la labor y la existencia sarmientinas a través del trabajo mancomunado de Cátedras, Institutos y Departamentos deseosos de entregar al país, y, especialmente, a su generación joven, un tesoro que requiere penetración y elaboración constantes.

Resulta difícil, por no decir imposible, definir a Sarmiento por medio de un esquema que puede matar lo mejor de su estructura humana. Sin embargo puede ser válido el principio de explicarlo por el mensaje que trajo a nuestra historia. El mensaje de Sarmiento, su "verdad" esencial — y dijo tener los puños llenos de verdades — es la educación, la siembra de escuelas, los pensamientos capitales, y muchas veces insuperados, sobre la dignificación espiritual y material del hombre argentino y americano por medio de la cultura.

Este convertir la educación en la raíz de un mensaje y vivirla como una pasión, es lo que hace de Sarmiento un típico pedagogo americano. América, "nuestra América", cuenta entre sus rasgos primordiales el de una profunda "vocación pedagógica" que traduce algo que le es inhe-

rente y que configura la acción de sus arquetipos despertándoles el deseo de integrar una nueva totalidad histórica. Esto ocurre con todos los pueblos que aspiran a una estructuración original, pero en pocos ostenta la fuerza que se observa en los latinoamericanos. Quizá por ser un conjunto de comunidades jóvenes, la vida de estos pueblos posea un matiz predominantemente pedagógico que puede llegar a definirlos. Resulta tan evidente este aspecto del "caso americano" que sus grandes hombres fueron educadores en el más amplio sentido de la palabra. Ellos — Sarmiento el primero —, Martí, Hostos, Varona, por no mencionar sino algunos, no han hecho más que traducir en todos sus actos la vocación y la urgencia educativas en América, vocación y urgencia que al mismo tiempo experimentaban en la propia intimidad. La pasión educativa de Sarmiento es, al mismo tiempo, reflejo y eco de un país en marcha, motivo por el cual no pudo desenvolverse en una pedagogía de gabinete. Sin duda también él habría suscripto las palabras que Martí aprendió de la Luz y Caballero: "Sentarse a hacer libros" — y Sarmiento escribió muchos, aunque casi siempre en el campo de batalla —, "que son cosa fácil, es imposible, porque la inquietud intranquiliza y devora y falta el tiempo para lo más difícil que es hacer hombres".

Es ante este Sarmiento, ante el genio pedagógico de América, ante el hacedor de hombres y, por ende, de naciones, ante quien la Universidad se inclina reverente, porque sabe que todo lo que además fue, lo fue para cumplir con su destino de educador de pueblos.

Muchos han visto en Sarmiento un enemigo de la Universidad, y habrá quienes anticipen un gesto de asombro por el homenaje que ella le rinde. Es verdad que en su apresuramiento de predestinado escribió y dijo palabras que, analizadas sin sentido crítico y fuera del contexto, pueden considerarse injustas para los estudios superiores. En su momento vio la urgencia de la instrucción elemental y la experimentó con tantos bríos que llegó a manifestar su falta de aprecio por la educación "más arriba de la educación primaria como medio de civilización". "Es la educación primaria la que civiliza y desenvuelve la moral de los pueblos. Todos los pueblos han tenido siempre doctores y sabios sin ser civilizados por eso. Son las escuelas la base de la civilización". Pero estas palabras suyas no pueden ni deben aislarse de la totalidad de su obra. A él se debe no sólo el impulso de la Escuela Normal, sino también la fundación de escuelas técnicas, de escuelas navales y militares, de facultades universita-

rias, de academias y centros científicos de vida definitiva en el país, además de ostentar, entre otras tantas, la gloria de haber recibido con alegría el advenimiento de todos aquellos que representaban un nuevo espíritu científico, y de haberse sentido orgulloso de la amistad de sabios y poetas.

Sarmiento no sintió desprecio por la Universidad, sino por un determinado tipo de estructura universitaria y sus juicios poco favorables se explican dentro de cierta circunstancia histórica. Deseaba una reforma sustancial de la Universidad de entonces, verdadera incubadora de verbalistas y de burócratas y ajena a los progresos que había fecundado el método científico. El pesimismo de Sarmiento frente a las organizaciones tradicionales de cultura superior era el reverso de la Universidad nueva que soñaba ardientemente. Si nuestra Universidad de hoy insistiese en marchar por los caminos trillados de la burocracia y el verbalismo, del ciego acatamiento al criterio de autoridad en las cosas del espíritu, en la indiferencia hacia los problemas de la comunidad y del tiempo, muchos universitarios estaríamos en la misma posición de Sarmiento. Pero al haber emprendido el rumbo de la investigación, de la actualización científica, del cultivo de los verdaderos valores humanos, de la participación en la vida nacional desde su mirador de alta cultura, y al abrir las puertas de la Universidad para que todos los hombres puedan gozar de los beneficios de la formación más elevada, no hemos hecho más que empezar a convertir en nuestra la lucha del ilustre sanjuanino. Las Universidades Nacionales argentinas, las que efectivamente pertenecen al pueblo, están así identificadas con el pensamiento del Maestro, y en el año del sesquicentenario de su natalicio reclaman para sí un puesto importante en la tarea argentina de guardar y renovar con amor para las generaciones venideras una obra y una vida ejemplares.

RICARDO NASSIF

La Plata, junio de 1961.